

fin de añadirles lo que les falte y de corregir lo que es falso y erróneo, pero siempre con modestia y circunspección. Porque la verdad se aumenta siempre con la gracia de Dios. Es verdad que el hombre no llega nunca á la perfección ni á una certidumbre absoluta, pero va siempre perfeccionándose; por esto no debemos seguir ciegamente á los antiguos, porque, si resucitasen, corregirían por sí mismos lo que han dicho, y cambiarían de opinión sobre muchas cosas. Del mismo modo que por ahora ignoran los sabios lo que los más vulgares estudiantes conocerán algún día» (1).

¿Cómo ha podido un fraile, en lo que se llama la noche de la Edad Media, concebir esta elevada idea de la perfectibilidad? El estudio de las ciencias físicas le hizo presentir los admirables descubrimientos que en nuestros días cambian la faz del mundo, y el poder del hombre sobre la naturaleza le dió esperanzas infinitas para los progresos futuros del espíritu humano. Pero los genios más aventureros no se libran por completo de los vínculos de su época. Bacon participaba de las preocupaciones de su tiempo acerca de la teología. La Escritura contiene á sus ojos toda la sabiduría, puesto que proviene de Dios; luego la filosofía que proviene de los hombres debe estar subordinada á ella. Llega hasta decir que no es más que tinieblas y que conduce á la ceguera (2). Estas preocupaciones teológicas han hecho caer al doctor del progreso en errores que forman un singular contraste con su doctrina. La creencia de la perfectibilidad conduce á una grandeza de ideas que no tienen los espíritus aprisionados en un dogma exclusivo. Bacon ensalza los filósofos antiguos; dice «que han sido los precursores del Evangelio, que Dios los ha iluminado para preparar las almas para la fe» (3). Creeríase después de esto que debe admitir que estos filósofos se salvarán; sin embargo, no duda en condenarlos porque, «habiendo conocido á Dios, no le han glorificado como Dios» (4). Decimos de Bacon lo que el grande hom-

(1) BACON., *Opus Majus*, p. 17, C. p. 9, 10, 14, 15. — *Tratado de las Obras secretas de la Naturaleza*, c. 7.

(2) *Opus Majus*, p. 42, 23.

(3) «*Ut eorum persuasionibus mundus disponeretur ad fidem.*» (*Opus Majus*, p. 39.)

(4) *Opus Majus*, p. 39, 37.

bre decía de sus antecesores; si viviese hoy pensaría de otro modo. Hay en cada edad de la humanidad un cierto orden de verdades de las que no puede salir, del mismo modo que la infancia no puede tener las ideas de la edad madura; pero el niño al crecer desecha las rancias preocupaciones; de esta suerte avanzando en edad la humanidad, desecha las creencias de su juventud. ¡Gloria á los que, como Bacon, le han mostrado el camino por el que debe marchar.

§ II.— El reinado del Espíritu Santo y el Evangelio Eterno.

Bacon no pensó en aplicar la idea del progreso á la religión. No es por medio de la filosofía como penetró esta creencia en los espíritus, sino por un camino que la misma Sagrada Escritura parecía abrir. Cuando decimos que la Escritura parece dejar la puerta abierta á una revelación progresiva, no pretendemos que el progreso en el terreno religioso sea conciliable con la fe ortodoxa. Los que han creído encontrar en los libros sagrados un punto de apoyo á sus esperanzas han sido calificados siempre por la Iglesia de herejes. Según el dogma católico, Jesucristo ha revelado toda la verdad; en ese caso no puede ya tratarse de una nueva revelación divina, y mucho menos de una revelación progresiva por el intermedio de la humanidad. Esta última concepción es la negación de la revelación tal cual la entiende la doctrina cristiana. Con razón, pues, ha rechazado la Iglesia la idea de un cristianismo progresivo como una herejía. Pero lo que importa consignar es que esta herejía es una herejía cristiana; tiene sus raíces en pasajes del Nuevo Testamento; está inspirada por ideas y preocupaciones cristianas.

Al parecer la historia de las sectas de la Edad Media es contraria á lo que decimos. La idea de una religión nueva, más perfecta que el cristianismo, se halla por la primera vez en el siglo XIII en una escuela filosófica. Amaury de Chartres y sus discípulos profesaban el panteísmo más absoluto, y admitían una manifestación sucesiva de la verdad. Tomando por punto de partida la Trinidad cristiana, decían que Dios Padre era el autor

de la primera revelacion, y Jesucristo de la segunda; creian que habria una tercera, la del Espíritu Santo. Atribuian, pues, la última revelacion á Dios, pero debia tener lugar por una inspiracion interior del hombre que haria inútiles los Sacramentos exteriores (1). Así, pues, el dogma de una religion progresiva lo enseñan pensadores panteistas; ¿quiero esto decir que sea un error propio del panteismo? Los católicos lo dicen; intentan confundir en una misma reprobacion la creencia del progreso que amenaza el edificio arruinado de la Iglesia, y el panteismo que la conciencia general rechaza. La táctica es hábil, pero no es más que una táctica. La idea del progreso supone que el hombre se perfecciona incesantemente bajo la inspiracion de Dios; implica, pues, el reconocimiento de la individualidad humana y de su permanencia, al paso que el panteismo, absorbiendo al hombre en Dios ó á Dios en el hombre, conduce á negar la inmortalidad del individuo. Esto en cuanto á la teoría. La historia no favorece tampoco más al sistema de los católicos. La doctrina de una religion progresiva no data del siglo XIII, se remonta á los primeros tiempos del cristianismo; ha tenido por órgano á un Padre de la Iglesia, el más contrario de todos al panteismo, Tertuliano. En la Edad Media encontró partidarios, no entre los filósofos, sino entre los soñadores místicos que se inspiraron en el Apocalipsis. Mientras no tuvo más defensores que algunos doctores realistas, pasó desapercibida; los contemporáneos apenas se ocuparon de las teorías religiosas de *Amaury*; no tuvieron importancia hasta que el abate *Joaquin* se apoderó de ellas; ahora bien, el abate *Joaquin*, celebrado por el *Dante* como un profeta (2), es casi venerado como un santo. El nombre que tomó la doctrina al pasar á los hermanos Mínimos, el *Evangelió Eterno*, es un nombre cristiano; los errores mismos que la caracterizan tenian su origen en las preocupaciones cristianas. Todo es, pues, cristiano en la primera forma

(1) *Concilium Paris.*, a. 1210 (MARTENE, *Thesaurus*, t. IV, p. 164).—RIGORDUS, *De Gestis Philippi Augusti* (DUCHÉNE, *Scriptor. rerum Gallicarum*, t. V, página 50).

(2) DANTE, *Paradiso*, c. 12, p. 140.—TRITHEMIUS, *Chronic. Hirsaugiens.*, ad a. 1197, p. 487: «*Ut propheta suo tempore habitus.*»

que reviste la idea de una religion perfectible. Sigamos los destinos de esta creencia; no hay ninguno más importante en la historia de la humanidad, porque el dogma de una revelacion progresiva está llamado á reemplazar á la revelacion cristiana.

¿Tenía conocimiento el abate *Joaquin* de la herejía de Montano y de la defecion de Tertuliano? Lo ignoramos; de todos modos, no tenía conciencia del lazo que unia su doctrina á la de un heresiarca. Sin embargo, la herejía de Tertuliano y los sueños del abate *Joaquin* tienen la misma raíz; uno y otro se apoyan en textos de la Escritura para justificar la esperanza de una innovacion religiosa: «El Evangelio de San Juan atribuye la Ley Antigua al Padre, y la Nueva al Hijo (1). ¿Será la Ley del Hijo de Dios la última? No, puesto que San Pablo declara que es imperfecta, y cuando venga la perfeccion, dice, entónces lo que es imperfecto será abolido (2). ¿Quién revelará esta religion perfecta? Jesucristo nos dice que será el Paraceto, el Consolador, el Espíritu Santo» (3). Hay todavía otro punto de contacto entre el abad del siglo XII y el hereje del III. Tertuliano llevaba el espiritualismo cristiano hasta el exceso; la Iglesia de que se separó le parecia una Iglesia carnal bajo el punto de visto ideal en que se colocaba. *Joaquin* tenía bastante más razon en censurar á la Iglesia de Roma: la acusa de explotar el mundo en provecho de su avaricia; la acusa de hacer de la religion un oficio y un objeto de comercio (4). ¿Era esta la Iglesia que Jesucristo habia querido fundar? *Joaquin* no podia creerlo: de aquí su reaccion contra la Iglesia exterior, rica, corrompida; de aquí su creencia en una Iglesia puramente espiritual. La forma que adquirieron estas esperanzas estaba tomada de las profundidades de la teología cristiana.

El abate *Joaquin* toma su punto de partida en la Trinidad: «En la Ley Antigua, dice, Dios Padre se ha manifestado como Omnipotente por medio de los milagros; en la Ley Nueva, el Hijo de Dios ha revelado su sabiduría; habrá una tercera edad

(1) Así es como el abate JOAQUIN interpretaba estas palabras de Jesucristo. (SAN JUAN, v, 17): «*Mi padre ha obrado hasta el presente, y ahora obro yo.*»

(2) SAN PABLO, *I Corinth.*, XIII, 9, 10.

(3) SAN JUAN, XVI, 7.

(4) *Comentario al profeta Jeremias*, p. 61.

en la que reinará la caridad. El abate *Joaquin* se complace en estos ternarios; los expresa bajo las formas más variadas: «El reinado del Padre está caracterizado por el poder, el temor y la fe; el reinado del Hijo por la humanidad, la verdad y la sabiduría; el del Espíritu Santo lo estará por el amor, la alegría y la libertad. Las dos primeras Leyes estaban sometidas á la letra de una Escritura; la tercera será espiritual. En la primera edad los hombres vivían según la carne; en la segunda vivieron en un estado intermedio entre la materia y el espíritu; en la última, que durará hasta el fin del mundo, vivirán únicamente según el espíritu. *Joaquin* decía también que el primer estado era el de las personas casadas, el segundo el de los clérigos, y que el tercero era el de los monjes (1). Esta sucesión de edades, bajo la influencia de las tres personas de la Trinidad, constituye el fondo de todas las teorías religiosas que nacieron en la ^{primera} Media, si es que pueden llamarse teorías las concepciones ^{que} no ^{son} nacidas de la oposición del espiritualismo cristiano contra una Iglesia que no tenía ya de espiritual más que el nombre.

El ideal de *Joaquin* pareció realizarse en el siglo XIII en las órdenes mendicantes. ¿No eran los discípulos de San Francisco los *espirituales* por excelencia? No tardó en desarrollarse en el seno de una sociedad de hombres que se llamaban los pequeños, los humildes, los mínimos, un orgullo desmedido; poco faltó para que igualasen á San Francisco con Jesucristo: esto era hacer de él un revelador y de su religión una religión nueva. Se aplicaron las vagas profecías del abate *Joaquin* acerca de los *espirituales* y la última edad, la del *Espíritu*. Estas miras ambiciosas se abrieron paso en una obra que lleva el título de *Introducción acerca del Evangelio Eterno*, y que es como la profecía de una era nueva de la humanidad. ¿Quién es el autor de este libro misterioso? El atrevido adversario de los mendicantes, *Guillermo de Saint-Amour*, lo denunció como obra de los hermanos mínimos. No era

(1) *Concordia*, lib. II, tractat. I, c. 5. (*Acta Sanctorum, Maji*, t. VII, p. 142 y sig.)—*Concilio de Arlés*, de 1260 (MANSI, t. XXIII, p. 1002).

un monje oscuro quien había descornado el velo de los secretos de la órden, era el general mismo, *Juan de Parma* (1).

La frase *Evangelio Eterno*, que desempeña tan gran papel en la historia de las esperanzas de la humanidad, se encuentra en el Apocalipsis de San Juan. El abate *Joaquin* fué el primero que se sirvió de ella para caracterizar la edad religiosa que profetizó. La expresión y las ideas tuvieron un inmenso eco cuando una poderosa órden se las apropió. En el fondo la doctrina del *Evangelio Eterno*, de *Juan de Parma*, es la de *Joaquin*, cuyo nombre lleva (2): «La Ley evangélica es imperfecta, lo mismo que la Ley Antigua; ambas serán reemplazadas por el Evangelio del Espíritu Santo, que realizará la perfección.» Para señalar la superioridad del *Evangelio Eterno*, *Juan de Parma* se servía de diferentes comparaciones: «La Ley de Moisés tenía la claridad de las estrellas; el Evangelio de Jesucristo tiene la luz de la luna; el *Evangelio Eterno* tendrá el resplandor del sol.» Comparaba también el Antiguo Testamento al Santuario; el Nuevo, al Santo; el *Evangelio Eterno*, al *Sancta Sanctorum*. ¿En qué consistirá esta perfección? La respuesta revela las ilusiones y el orgullo de la órden de los Mínimos: «Jesucristo y sus Apóstoles no han vivido la vida perfecta, porque su vida era activa; la vida activa debe ser reemplazada por la vida contemplativa. Esta última edad será inaugurada por una órden más santa que todas las demas» (3).

El *Evangelio Eterno* fué condenado por el Papa, lo cual no le impidió el ser acogido por los espíritus especulativos y místicos. El concilio de Arlés nos dice que los hombres de letras escribieron comentarios al *Evangelio Eterno*, y que sus libros se extendieron por toda la cristiandad (4). Los mínimos no secunda-

(1) Esta opinión, emitida por NICOLAS EYMERIC en su *Directorium Inquisitorum*, ha sido adoptada por DAUNOU, *Historia literaria*, t. XX, p. 33-35.

(2) «*Doctrina Joachim, quam conditor libri (Introductorii) Evangelium Aeternum nominavit.*» (RICOBALDUS FERRARIENSIS, en ECCARD., *Corpus hist. medii aevi*, t. I, p. 1218.)

(3) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 163 y sig.—ECCARDUS, *Corpus hist.*, t. II, p. 849 y sig.

(4) *Concilio de Arlés*, de 1260 (MANSI, t. XXIII, p. 1004): «*Plurimi litterati hujusmodi phantasias catenus occupati et illecti, ut plurima super illis commen-*

ron á su general; pero las doctrinas de *Juan de Parma* estaban ligadas por vínculos demasiado íntimos con las aspiraciones de la órden para que fuesen abandonadas; el orgullo, esa pasión dominante del monaquismo, encontraba su satisfacción en la ambiciosa profecía de una nueva edad en la que los discípulos de San Francisco habían de desempeñar el primer papel. Estos móviles eran más que suficientes para conservar la autoridad del *Evangelio Eterno* en el seno de los Mínimos. A fines del siglo XIII *Pedro de Oliva* se constituyó en órgano de sus aspiraciones y sus esperanzas. No hay nada de nuevo en su doctrina; la inspira siempre el espiritualismo por oposición á la Iglesia exterior. Pero la oposición se hace más agria; Roma es decididamente lo mismo para *Pedro de Oliva* que para los heréjes, «la Iglesia carnal, la Babilonia impura, la gran prostituta.» San Francisco ha inaugurado el reinado de la Iglesia espiritual que se ha de elevar sobre las ruinas de la Babilonia adúltera, del mismo modo que «la humilde Esther fué coronada en lugar de la altiva Vasti.» Aquí reaparece la teoría de las tres edades de Joaquín: sólo que la diferencia entre el catolicismo y la última edad es más considerable: «Se formará una nueva Iglesia, como se formó otra al primer advenimiento de Jesucristo, cuando fué desechada la sinagoga» (1).

El espiritualismo de los hermanos Mínimos acabó por ser sospechoso á la Iglesia, y la Iglesia tenía razón en asustarse de él, porque era á la vez el origen de su orgullo y de su sorda guerra contra Roma. En el siglo XIV el Pontificado se puso en abierta lucha contra los franciscanos. Los más apasionados no dudaron en sublevarse contra la Santa Sede. Pero la órden no podía seguirles; hubiera sido suicidarse. Por fin los *espirituales* se separaron de la Iglesia y formaron una secta conocida bajo el nombre de *Fratricellos*. Los *Fratricellos* recogieron la herencia de las doctrinas tan queridas de los frailes mendicantes y de las almas contemplativas. *Pedro de Oliva* tuvo su escuela; sus discípulos le veneraron como un santo, como un apóstol; trasladaron á su

taria facta descriperint et de manu ad manum dando circumferentes, ad externas transfuderint nationes.»

(1) P. OLIVI *Postilla supra Apocalypsi*. (BALUZE, *Miscellan.*, t. I, p. 212-261).

pequeña secta las pretensiones de la órden de San Francisco; ellos eran los que debían renovar la Iglesia, y como la Iglesia ortodoxa perseguía á los *Fratricellos*, se vengaron enseñando que en la última edad que iba á inaugurarse la Iglesia romana sería reprobada, del mismo modo que la sinagoga lo había sido por haber crucificado á Jesucristo (1).

La idea del *Evangelio Eterno* tenía sus raíces en el espiritualismo evangélico; mientras los sentimientos cristianos se mantuvieron vivos, surgieron nuevas herejías para defender la doctrina de una edad religiosa puramente espiritual. Tales fueron los *Apostólicos*, que tuvieron la ambición de reemplazar á las órdenes mendicantes, llevando todavía más allá que ellas la pobreza y la humildad. Su odio contra Roma era igual; sus esperanzas religiosas eran en el fondo idénticas, por más que en la forma fuesen diferentes. Distinguían cuatro edades en el cristianismo; no reprobaban el pasado; por el contrario, lo legitimaban por las circunstancias en que se había encontrado la Iglesia; pero habiendo degenerado la Iglesia en cada uno de estos estados, se había hecho necesaria una nueva edad. Los *Apostólicos* creían que la cuarta edad sería la última; no pensaban en que si la Iglesia había degenerado, ellos degenerarían también, y que, por consiguiente, el progreso religioso no podía detenerse en su secta (2).

La idea de una religión progresiva no pereció con los *Apostólicos*; se la encuentra, pero siempre en estado de herejía, hasta en visperas de la Reforma (3). Es preciso que haya en estas esperanzas tan tenaces algo más que sueños apocalípticos para que se renueven siempre. ¿Cuál es, pues, el valor de este *Evangelio Eterno*, de esta *religion del Espíritu Santo*, de esta *edad de San Juan*, que los espíritus especulativos predicen incesantemente desde el siglo XII? Un historiador, cuyo genio poético simpatiza con el

(1) LIMBORCH, *Liber Sententiarum*, p. 306 y sig.

(2) Sobre la doctrina de los *Apostólicos*, véase la *Historia Dulcini*, en MURATORI, *Scriptores*, t. IX, p. 425 y sig.

(3) En 1459 un canónigo de Parma fué condenado á prisión, por haber enseñado que el cristianismo sería reemplazado por una religión nueva, á la manera que la Ley de Moisés lo fué por la de Jesucristo. (RAYNALD., *ad a.* 1459. § 31.)

misticismo, ha tomado en serio estas profecías; *Mr. Michelet* ve en ellas casi la última palabra de la humanidad (1). Esto es dar demasiada importancia á las revelaciones del abate *Joaquin*. Como doctrina no tienen valor alguno. No se puede decir siquiera que domina en ellas la idea de la perfectibilidad, porque los partidarios del *Evangelio Eterno* detenan el progreso en su secta, del mismo modo que la Iglesia ortodoxa pretendía inmovilizar la humanidad en el catolicismo. ¿Había al ménos un progreso en la nueva edad religiosa soñada por los sectarios? Los escritores protestantes dicen que el *Evangelio Eterno* era un cristianismo la-irritual opuesto al cristianismo exterior que se llama catolicea exte). Pero ¿qué era este cristianismo espiritual? Una religion imposible, porque quería reemplazar la vida activa por la vida contemplativa. Esta tendencia antisocial que existe ya en el abate *Joaquin*, adquirió nueva fuerza cuando los hermanos menores adoptaron el *Evangelio Eterno*. Para ellos, la religion perfecta se confundía con la regla de su orden: el ideal religioso de la humanidad habria consistido, pues, en transformar á todos los hombres en frailes mendicantes. Estas exageraciones del espiritualismo cristiano fueron todavía en aumento cuando los *Fratricellos* y los *Apostólicos* se apoderaron de la idea del *Evangelio Eterno*. Es propio de las pequeñas sectas el llevar la exágeracion al extremo. Los *Apostólicos* no hallaban bastante perfecta la perfeccion de los menores; quisieron ir aún más allá de la mendicidad y reducir toda la existencia á una existencia espiritual. ¿Qué es en definitiva este ideal más que la destruccion de la humanidad?

Es menester hacer abstraccion de la forma que reviste en la Edad Media la idea del *Evangelio Eterno* si se quiere ponerla en relacion con las aspiraciones de la humanidad moderna. *Joaquin* protestaba que no quería nueva religion; á sus ojos el *Evangelio Eterno* seguía siendo el cristianismo, pero el cristianismo espiritual (3). *Guillermo de Saint Amour* acusa á los Mínimos de haber enseñado que el *Evangelio* sería reemplazado por una ley más

(1) MICHELET, *el Renacimiento*, Introduccion, p. 65.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. v, l. p. 840 y sig.

(3) JOACHIM, *In Apocalipsim*, p. 13.

perfecta (1). Es difícil creer que ésta haya sido su doctrina, porque los *Fratricellos* y los *Apostólicos*, que heredaron las creencias religiosas de la orden de San Francisco y que las exageraron, decían como el abate *Joaquin*, que la última edad no sería más que la completa realizacion del cristianismo. Sin embargo, la idea de una religion progresiva se encuentra en el fondo de los ensueños de *Joaquin* y sus partidarios. En vano protestaban que no querían más que la realizacion de la ley evangélica; Jesucristo también declaró que venía á cumplir la Ley Antigua y no á abolirla: ¿quiere esto decir, sin embargo, que el cristianismo no sea una religion nueva? Las esperanzas del abate *Joaquin*, si hubiesen sido realizables, hubieran conducido igualmente á una nueva religion. En este sentido es como uno de los grandes pensadores del siglo XVIII, *Lessing*, ha interpretado los sueños de los sectarios de la Edad Media: son instintos que expresan una necesidad de la humanidad. La Reforma empezó por negar que la religion sea progresiva; pero no hay protesta que valga contra la naturaleza de las cosas. El progreso ha invadido el campo de los reformados; hoy están conformes con la filosofía acerca de la perfectibilidad de la religion.

(1) GUIL. DE SANCTO AMORE, *De periculis novissimarum temporum*, c. 8.